

*PAX EUROPEA*¹

Tras el desastre de la ocupación de Iraq, un cenagal en el que se ve cada vez más profundamente atrapado, la única esperanza estratégica que le quedaba a Downing Street era unir a las fuerzas domésticas internas en torno a un europeísmo blairista. Una vez superadas las elecciones de 2005, Blair podía recobrar fuerzas valiéndose de la presidencia británica del G-8 y la UE para atraer a quienes, en el centro izquierda británico, anhelan una alternativa europeísta a los Estados Unidos de Bush. El folleto *Why Europe Will Run the 21st Century*, de Mark Leonard, habría supuesto un apoyo intelectual ideal para ese viraje, ya que consigue combinar un nítido llamamiento a construir Europa como alternativa progresista a los Estados Unidos de Bush con una habilidosa defensa del atlantismo y el neoliberalismo.

El libro de Leonard recuerda en su estilo al de Will Hutton *The World We're In*. La crítica de éste al actual modelo empresarial estadounidense es bastante más penetrante que la de Leonard, pero este último argumenta con mayor brío la eficacia potencial del europeísmo de la UE como política internacional alternativa al reciente militarismo de Washington. Los esfuerzos de Leonard por presentar a la actual UE como una fuerza progresista de interés para los socialdemócratas son ingeniosos, y a diferencia de la mayoría de los libros serios sobre la UE, el texto es vivaz y abunda en nuevos eslóganes brillantes a disposición de quienes deseen promover esa versión de Europa.

No debería tomarse muy en serio el título del libro en cuanto a la posibilidad de que Europa pueda «dirigir» el siglo XXI. Aunque incordie a los neoconservadores estadounidenses con títulos de capítulo como «El proyecto para un nuevo siglo europeo», su ambición es más modesta. Mientras que Estados Unidos, argumenta, no está bien configurado como Estado para regir el mundo posterior a la Guerra Fría, la Europa de la UE dispone de una gran idea para preservar el dominio global de la alianza atlántica, cuya clave reside en la política de un liberalismo cosmopolita. En principio podría parecer una argumentación coherente: el capitalismo ha triunfado en todo el mundo y a todas las clases capitalistas les interesa preservar esa victoria, frente a un eventual desafío que ahora provendría más de abajo que de «afuera», bajo la

¹ Mark LEONARD, *Why Europe Will Run the 21st Century*, Londres, Fourth Estate, 2005, 170 pp.

forma de un bloque de Estados hostiles. Ahora bien, hay muchos tipos de capitalismo, y los conflictos de intereses entre ellos son endémicos; cada uno de ellos trata de configurar en su propio beneficio tanto las economías políticas internas de los demás como las reglas internacionales del juego. El dominio político atlántico sobre el mundo capitalista y sus regímenes sigue siendo, por lo tanto, enormemente importante y las fantasías del libre mercado sobre el final del protagonismo de los Estados en un campo de juego global no son más que eso, fantasías. En el momento actual, los preceptos y regímenes de la economía mundial son todavía los dictados por las potencias atlánticas en defensa y provecho de sus propios intereses.

El problema del orden mundial puede entenderse así como el de promover regímenes institucionales globales que sean percibidos como universalistas, aunque en realidad tiendan a asegurar resultados que favorezcan la prolongación del dominio del mundo atlántico. Ésa es, para Leonard, la tarea actualmente más importante, con mucho, de Europa y Estados Unidos. Y para conseguirlo, el dipolo Estados Unidos-Unión Europea debe remodelar las instituciones internacionales y reestructurar su propio *modus operandi* en la política global. Instituciones como el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y la OTAN están demasiado obviamente centradas en el Atlántico. Los esfuerzos de Bush por dominar el mundo dividiendo a los Estados en amigos y enemigos deben cesar. Leonard ve con simpatía la sugerencia de Ivo Daalder y James Lindsay de una «Alianza de Estados Democráticos», una especie de Naciones Unidas selectas, cuya nómina debería ser aprobada por Estados Unidos. Pero más que un «gran diseño», atiende al surgimiento progresivo de un nuevo «mundo de regiones»; evidentemente, no de «bloques autárquicos», sino de «clubes imbricados» que incluyan a los nuevos centros capitalistas ascendentes, China, India y Brasil, y que promuevan el desarrollo global, la seguridad regional y mercados abiertos. «Un mundo gobernado por reglas con el poder estadounidense como sostén», como explica Leonard. La coerción debe centrarse en la intervención dentro de los Estados contra las fuerzas que desde abajo tratan de desafiar las reglas (decididas por los atlánticos) y el orden capitalista internacional. El enemigo a batir es la soberanía estatal. Habría que remodelar la Carta de las Naciones Unidas según líneas cosmopolitas liberales, permitiendo que la soberanía sea violada por la comunidad internacional allí donde se juzgue que los Estados no cumplen su compromiso con el orden capitalista liberal, pero los propios Estados atlánticos deben comprometerse a seguir también esas reglas.

Ahí tenemos, por supuesto, la llamada doctrina de la comunidad internacional de Blair, esbozada en su discurso de 1999 en Chicago y que Leonard considera la esencia del europeísmo. Tiene cierta justificación para ello, dado el apoyo de que goza ese proyecto tanto en Bruselas como en las demás capitales europeas, y dado que el orden mundial que pretende se adecua desde luego al actual modo de funcionamiento de la UE: formula reglas legales internacionales que obligan a sus Estados miembros a compromisos con respecto a su propio comportamiento interno y su política comercial exterior, y a continuación exige a los demás que acepten esas

mismas reglas si quieren mantener relaciones estrechas con la UE. Aunque se presenten como normas liberales –de hecho, como su encarnación–, en realidad se trata de una serie de leyes positivas para preservar intereses capitalistas particulares; pero en la forma, al menos, el modelo de la UE sólo pide a los demás que acepten las reglas que se aplica a sí misma.

Hay algo de verdad en el argumento de Leonard de que Estados Unidos no está adecuadamente configurado para operar de esta forma, y no es simplemente que el republicanismo de Bush sea acerbamente hostil a tal construcción de instituciones cosmopolitas; toda la elite estadounidense de posguerra se ha formado en torno a la idea de que Estados Unidos es el garante de la base política sobre la que descansa todo el orden legal e institucional del mundo capitalista; en consecuencia, no puede estar sometido a las reglas que su propia política de superpotencia ha dictado. La elite de Washington se ha ido acostumbrando a decir a sus aliados lo que debían hacer, en lugar de comprometerse en una gestión conjunta de los asuntos internacionales. Por eso le han irritado tanto los esfuerzos europeos por aprovechar el fin de la amenaza soviética para mantener una voz más independiente en la escena mundial. La cultura política de Washington sigue aferrada a la idea de que el deber de los aliados es seguir sus indicaciones; Estados Unidos ve más lejos y sabe más, y el mundo capitalista necesita, para gestionar sus asuntos, un centro –estadounidense–, no un comité de grandes potencias.

Pero la brecha atlántica no es tan amplia como algunos creen. Leonard habla entusiasmado de la política exterior de Clinton, y su libro prodiga alabanzas (maravillosos, fascinantes, refrescantes, lúcidos, estimulantes, fluidos *[sic]*) a gente como Robert Kagan, Philip Bobbitt y Joseph Nye. El hecho es que el intento del gobierno de Bush de aprovechar el 11 de Septiembre como una oportunidad para reconstruir el mando estadounidense sobre sus aliados y de imponer al mundo un orden político estadounidense unipolar se ha visto bloqueado por la virulencia de la resistencia iraquí. Washington está actualmente en dificultades. Necesita la ayuda europea y la está consiguiendo. El proyecto de Leonard, como él mismo explica, «fortalecerá el poder estadounidense».

La retórica acerca de una nueva hegemonía europea finge olvidar, evidentemente, la importancia del aspecto militar en las relaciones internacionales contemporáneas. Tras proclamar que la invasión británico-estadounidense de Iraq, violando el derecho internacional, fue una forma contraproducente de tratar de reafirmar la hegemonía global, Leonard simplemente ignora el tema de los usos políticos del poder militar como si no importaran, y es que si admitiera el hecho obvio de que importan, y mucho, su idea del liderazgo europeo para el siglo XXI no se sostendría. Incluso en el propio patio trasero europeo, el Mediterráneo oriental, el poder militar estadounidense concede a Washington, y no a Bruselas, la capacidad de configurar el grado de seguridad de la región. Lo mismo se cumple con respecto a la ribera del Pacífico. Para intentar avalar la fantasía del dominio global europeo hay que callar hechos tan desagradables.

Por la misma razón, Leonard se abstiene de examinar la subordinación política de Europa occidental a Estados Unidos durante la Guerra Fría, su liberación del *status* de protectorado cuando se vino abajo el bloque soviético y los subsiguientes esfuerzos de Washington por volver a subordinarla mediante una serie de maniobras político-militares centradas en los conflictos de Yugoslavia. Leonard aparta la mirada de la embarazosa verdad sobre las operaciones de Washington en los Balcanes a principios de la década de 1990: su decisión de desestabilizar los esfuerzos de la UE para llegar a un acuerdo sobre Bosnia –reivindicando la formación de un Estado bosnio independiente, sabiendo a conciencia que eso desencadenaría una guerra civil– y de bautizar con sangre a la nueva OTAN con una guerra contra la Yugoslavia de Milošević. La importancia de la OTAN para el poder político-militar estadounidense en Europa simplemente no figura en el análisis de Leonard, y no porque opte por alguna variante de pacifismo, como demuestra su exaltación ante los llamamientos de Blair en pro de una invasión terrestre de Yugoslavia; contempla sin disgusto la perspectiva de una UE militarizada, capaz de imponer –una vez que se haya reescrito el derecho internacional– las reglas del orden atlántico a los países recalcitrantes e incluso concede a la UE actual algunas victorias estratégicas de calado; en uno de sus delirios más febriles, hasta la ocupación de Iraq le parece un triunfo para Europa, ya que gracias a ella ha sobrevivido la relación trasatlántica, se ha recuperado a la ONU y (sin mencionar a los insurgentes iraquíes) se ha imposibilitado una eventual invasión de Irán y Siria, al menos «durante varios años».

Sin embargo, vale la pena preguntarse hasta qué punto nos podemos tomar en serio la idea de que la UE es ya una fuerza decisiva en la política internacional. Al establecer una unión aduanera que protege al mercado europeo y con la creación de una densa maraña de regulaciones más-allá-de-sus-fronteras, los Estados de la UE se han dotado de un potente arsenal diplomático para la gobernación económica. Ahora pueden utilizar esos instrumentos para abrir otros mercados o cerrar los suyos, en beneficio de sus capitales; también pueden ejercer presión económica en favor de objetivos políticos comunes; pero si eso capacita a la UE para actuar poco más o menos al mismo nivel que Estados Unidos en términos comerciales, en lo tocante a configurar las reglas de la vida económica global sólo Estados Unidos puede explotar los enormes privilegios que le proporciona el dominio del dólar. Ha sido Estados Unidos, mucho más que la UE, quien ha podido emplear su poder de acceso al mercado para generar grados significativos de dependencia comercial en el otro centro económico regional principal, el Este y Sureste de Asia, complementando con ellos el apalancamiento que le otorgaba su presencia político-militar en esa región.

Leonard asegura, a pesar de todo, que la UE ha establecido «una enorme esfera de influencia» para sí misma en la economía política internacional. Esa «eurosfera» consiste en un centenar de países –para los que la UE es su mayor socio comercial y fuente de crédito bancario, inversión directa extranjera y ayuda al desarrollo–, que Leonard se apresura a enumerar. Dejando a un lado las devastadas sociedades de la Rusia poscomunista y media docena de Esta-

dos de la CEI, lo que nos presenta es un listado de países africanos subsaharianos, más los países árabes e Israel. No merece la pena prestar atención a la idea de que Europa es un gigante en el mundo árabe actual; no existe al respecto una política coherente de la UE, ni siquiera una actitud independiente frente a los esfuerzos estadounidenses e israelíes de someter y humillar a la región, ni la menor indicación de que la Europa de la UE pueda ofrecerle una estrategia de desarrollo viable. Washington, en cambio, ha conseguido generar agudas tensiones en la propia Europa occidental entre sus ciudadanos musulmanes y sus gobiernos, incapaces de repudiar las operaciones de la alianza israelo-estadounidense en Oriente Próximo.

Las pretensiones de Europa occidental de influir en África están algo mejor fundadas. Desde el Magreb hasta Sudáfrica, la UE, y más concretamente Francia y Gran Bretaña, han venido configurando gobiernos y otros poderes en los últimos cincuenta años (y durante bastante más de cincuenta años antes de la Segunda Guerra Mundial). Los resultados —economías arruinadas, guerras civiles, seguridad social catastrófica— hablan por sí mismos. A cambio de la dependencia económica de esos países hacia la UE, esta última trata de exportar sus valores «europeos»: derechos humanos, democracia y buen gobierno. Pero ni siquiera el propio Leonard, con todo su tozudo optimismo, se atreve a afirmar que el resultado de ese intercambio sea un probable ascenso triunfante de un bloque euro-africano dirigido por la UE. De hecho, en el momento actual la influencia económica y diplomática más dinámica en el África subsahariana es la china, lo que provoca cierta preocupación en Europa occidental, ya que entra en negocios serios sin poner como condiciones los «valores».

Leonard alaba mucho la capacidad de la UE para remodelar las sociedades poscomunistas de Europa central y oriental desde principios de la década de 1990. Como muchos otros apologistas de la UE, pretende hacernos creer que la llegada de la democracia neoliberal a esos países se debió en gran medida a la presión y vigilancia de Bruselas. De hecho, las poblaciones y elites de esos países abrazaron la idea de la política pluralista liberal-democrática desde comienzos de la década de 1990, pero lo que no suscribieron sus poblaciones fue el tipo de capitalismo que la UE (y el Banco Mundial) les ofrecían. La destrucción resultante de activos económicos sometió a enormes tensiones a algunos de los sistemas políticos democráticos, y sólo la perspectiva de la pertenencia final al club de la UE evitó la desestabilización de la región a finales de la década de 1990. Leonard parece creer que el capitalismo resultante era bueno, no sólo para los negocios de Europa occidental, sino también para las poblaciones de Europa oriental, llegando a afirmar que Polonia ha venido modernizando su economía con un «ritmo impresionante». Una excursión a cualquier ciudad polaca de provincias le mostraría el respaldo que encuentra allí tal idea.

Tras esos esfuerzos por realzar la importancia de la UE como fuerza poderosa en la economía política internacional, el argumento de Leonard alberga una tensión no resuelta más profunda. Por un lado, proclama que el poder-fuerza político —especialmente la capacidad de acceso a los mercados— es vital para el éxito económico de la UE. Luego trata de argumentar

que la remodelación de actividades en otras economías políticas por parte de la UE es buena para los objetivos de ese proceso, esto es, que las victorias de la UE convierten de algún modo en ganadores también a los perdedores. Sólo la ideología de libre mercado más espesa podría cuadrar ese círculo. Pero en lugar de afrontar esa contradicción en su pensamiento económico, Leonard cambia de tema y asegura que la UE beneficia a las víctimas de su reestructuración comunicándoles sus valores.

El hecho es que la UE opera como un consejo político marcadamente mercantilista y sus dirigentes son famosos por su despiadada defensa de los intereses empresariales de Europa occidental en su diplomacia económica. Es precisamente esa dura realidad la que hace que los países vecinos, ricos o pobres, estén tan dispuestos a unirse al club que escribe las reglas económicas. Desde principios de la década de 1990 la UE ha enmascarado con bastante éxito esa realidad mercantilista con su diplomacia de derechos humanos, democracia y buen gobierno y sus supuestos programas de ayuda al desarrollo, al menos frente a su propia población. Ha conseguido publicitarse como la organización que defiende con mayor coherencia en todo el mundo ese paquete diplomático de derechos humanos, democracia y buen gobierno y que más fondos aporta a la ayuda al desarrollo. Pero lo que no es capaz de ofrecer es una vía de desarrollo socioeconómico para su «entorno», ya sea en los Balcanes occidentales, en las antiguas repúblicas soviéticas o en África, que pudiera suponer cimientos estables para el capitalismo liberal-democrático, problema que Leonard no se permite siquiera afrontar.

Un historiador estadounidense de la UE, John Gillingham, emplea un buen término para las apologías de la UE como sistema político y económico: «farfolla tecnocrática». Leonard ofrece algunos ejemplos notables: el papel de Jean Monnet, pongamos por caso, aparece más mistificado que nunca. Cierto es que los proyectos de integración del propio Monnet apenas tuvieron éxito: la Comunidad del Carbón y del Acero se desvaneció pronto y la idea preferida de Monnet, que era el Euratom más que la CEE, también fue una pifia. Pero su papel decisivo, explica Leonard, fue el metodológico. En palabras de uno de los devotos discípulos del padre fundador:

Siempre que atacaba un nuevo problema reunía en torno a sí a un montón de gente [...]. Comenzaba una especie de *Kaffeeklatch* ininterrumpido, que a veces podía durar hasta una semana, varias horas al día [...]. Monnet permanecía en silencio, incitando a veces reacciones, pero sin decir mucho [...]. Luego, gradualmente, a medida que se desarrollaba la conversación –y a veces pasaban varios días o hasta una semana antes de que eso sucediera– comenzaba a aventurar alguna pequeña propuesta.

El mecanismo causal que dio lugar a la UE no fue otro que el «genio» (término obligado en la farfolla habitual) de Monnet. Produjo lo que Leonard llama «una “mano invisible europea” que permite emerger una sociedad europea ordenada a partir de los intereses nacionales de cada país». En resumen, las fuerzas impulsoras de la UE siguen siendo un misterio. Tampoco podemos preguntar adónde va a la UE ni cuál es su lógica. Como explica

Leonard: «Hasta este momento, Europa es un viaje sin destino final, un sistema político que rehuye los grandes planes y certidumbres concretas que definen la política estadounidense. Su falta de visión es la clave de su fuerza». Inevitablemente, no obstante, la UE resulta ser otra comunidad en red, estructurada sobre el modelo empresarial de la tarjeta Visa o Internet.

Todo esto nos prepara para el truco más tramposo con el que Leonard trata de engatusar a sus lectores socialdemócratas: una explicación de por qué la UE no cuenta con un gobierno democrático, obligado a rendir cuentas, para gestionar los asuntos que caen bajo su jurisdicción. ¿Por qué, con otras palabras, no producen las elecciones parlamentarias de la UE una autoridad ejecutiva con iniciativa legislativa? La solución de Leonard no deja de ser ingeniosa: un sistema democrático de gobierno significaría copiar a Estados Unidos. Como él mismo explica:

La Convención [que elaboró un proyecto de Constitución Europea] percibió que remedar la Constitución estadounidense creando un presidente de la Comisión directamente elegido o un Parlamento Europeo con capacidad para elegir un ejecutivo europeo o promover leyes destruiría las cosas que hacen funcionar a Europa.

Leonard no ofrece ninguna respuesta seria a la pregunta de por qué un sistema democrático destruiría «las cosas que hacen funcionar a Europa». De hecho, al asegurar que la política social de la UE es profundamente socialdemócrata ahonda el misterio. Para encontrar una respuesta debemos atender al núcleo de la nueva economía política de la UE. Ese núcleo es dúplice: consiste, por un lado, en el llamado Mercado Único y, por otro, en la peculiar Unión Monetaria Europea. Leonard consigue concluir su libro sin ocuparse de ninguno de esos dos mecanismos, cuya lógica ha sido la de destruir el compromiso social entre capital y trabajo que fue la característica distintiva de la Europa de posguerra y que el proyecto de la UE se ha dedicado a socavar desde mediados de la década de 1980. El Mercado Único establece un «régimen competitivo» en el que los distintos países pueden lanzarse a una carrera hacia el abismo desregulando los mercados laborales. La Unión Monetaria Europea capacita al Banco Central Europeo para lanzarse a una política monetaria deflacionista y sabotear los esfuerzos gubernamentales que pretenden utilizar la política presupuestaria como palanca de estímulo económico. Y el objetivo patente —de hecho, abiertamente reconocido— de ese impulso es impulsar la «reforma económica»; con otras palabras, destruir el compromiso socialdemócrata de posguerra. La combinación de esos dos mecanismos asegura que los gobiernos nacionales de la zona euro pierdan su capacidad para reanimar sus economías. Las proclamas de Leonard en favor de una economía política socialdemócrata en la UE son simplemente falsas; desde mediados de la década de 1980, el proyecto de la UE se ha llevado adelante bajo el signo de Hayek. Tales afirmaciones descansan en gran medida en la elusión de la dinámica real del cambio político, al tiempo que se emplea el término socialdemócrata en el sentido blairista de la igualdad de oportunidades y el gasto público en los sistemas sanitario y educativo

(gestionados cada vez más privadamente). De acuerdo con esa definición Europa es socialdemócrata, pero también lo es Estados Unidos. Leonard califica a su paradigma político «socialdemócrata» de la UE como «consenso de Estocolmo» (ignorando prudentemente el repudio sueco a la unión monetaria de la UE); pero habría sido igual de justo llamarlo Consenso de Seattle.

Desde el viraje francés a mediados de la década de 1980, las elites empresarial y política de Europa occidental se llenaron de esperanza en el resurgimiento de «Europa» tras casi medio siglo de subordinación. Esas esperanzas se centraban, en primer lugar, en invalidar el compromiso de clase al que se vieron obligadas por la derrota en la Segunda Guerra Mundial y por el desafío de la victoria comunista y soviética; y en segundo lugar, en reavivar el papel internacional de Europa occidental como un agente más independiente bajo el liderazgo estadounidense. El colapso del bloque soviético dio un gran impulso a ambos zancos de esa estrategia de reanimación. La retórica delorsiana de cohesión social fue dejada de lado en favor de una forma drástica de unión monetaria y una carrera hacia el abismo en el llamado Mercado Único. Había grandes esperanzas de que la UE pudiera convertirse en un auténtico socio de Estados Unidos en la alianza atlántica, como proclamaba la retórica oficial de la OTAN, en lugar del protectorado subalterno que había sido de hecho.

Por un lado, Washington ha trabajado sin descanso por volver a poner en su sitio a los europeos occidentales y por asegurar que la UE no pase de ser un régimen de mercado; por otro lado, los trabajadores de la Europa continental –sobre todo en Francia– captaban cada vez mejor de qué va el nuevo proyecto de UE. El resultado es ahora un embrollo. Washington ha conseguido que la UE sea incapaz de una acción internacional coherente sin el permiso estadounidense, utilizando sus correas de transmisión de influencia a través de Londres, Roma y Varsovia. Entretanto, la autoridad popular de la UE se ha visto cada vez más socavada por tratarse de una oligarquía elitista no democrática, dirigida por los mandarines de los Estados miembros y las grandes empresas que apuestan por objetivos neoliberales.

El libro de Leonard apareció después de que Washington y Londres se lanzaran a la debacle de la invasión de Iraq. Se habría podido juzgar en principio como una buena oportunidad: la bárbara pero ineficaz ocupación decidida por Washington parecía ofrecer a la Europa de la UE otra posibilidad. Pero en lugar de atraparla al vuelo, los giscardianos se dieron de bruces en el referéndum francés gracias a su decisión de asegurar que la llamada Constitución no incluyera lo único –una democracia representativa– que podía destruir «las cosas que hacen funcionar a Europa». Las proclamaciones del pobre Mark Leonard en favor de un gran resurgimiento europeo han caducado definitivamente. El hecho es que a comienzos de la década de 1990 la *nomenklatura* de la Europa oriental comunista ofreció el mundo en bandeja a las elites de ambas orillas del Atlántico, pero éstas no han sabido convertir ese regalo en un orden mundial estable capaz de sustentar su dominio conjunto y su cooperación.